

divina, así también la ampliación de horizonte que ofrece la fe lanza a la inteligencia humana a sus más altas cotas. Esto supone que la filosofía cristiana se relaciona con la revelación como el efecto con su causa; la relación causal implica necesariamente la relación de participación, lo cual a su vez funda la analogía entre fe y razón. Los mismos valores están en la fe y en la filosofía, si bien de modo diverso. En la filosofía como fruto de la investigación de la razón; en la fe como comunicación directa de Dios. La analogía indica a la vez identidad, parcial al menos, y la diversidad entre fe y razón.

La obra resulta interesante, aunque las referencias a la mayor parte de los filósofos son quizá excesivamente sumarias. Al final, el autor ofrece una amplísima bibliografía cuya primera parte está ordenada por temas, y la segunda por años a partir de 1928. No es ciertamente exhaustiva pero sí más que suficiente.

C. Izquierdo

H. de LUBAC, *Lettres de monsieur Etienne Gilson adressées au P. Henri de Lubac et commentées par celui-ci*, Eds. du Cerf, Paris 1986, 205 pp., 12,5 x 19,5.

La publicación de la correspondencia epistolar mantenida por personajes célebres es un género editorial que suele tener buena acogida. Esas cartas, testimonio de actitudes personales, inquietudes intelectuales e incluso de estados de ánimo, permiten acercarse por un camino distinto y atrayente, cercano al apunte biográfico, a cuestiones científicas que conocemos por otras vías. Los objetos de estudio adquieren desde esa perspectiva matices nuevos, una cierta luz de tono personal que, en general, está ausente en las exposiciones que ofrecen los libros. Al mismo tiempo suelen aportar datos históricos significativos para conocer mejor el

pensamiento o las posturas intelectuales mantenidas por sus autores.

El Cardenal de Lubac nos ofrece en la obra que reseñamos una interesante colección de diecinueve cartas, que le dirigió Etienne Gilson a lo largo de los años 1956-1975. No vienen acompañadas, y es de lamentar, por las que él dirigió al filósofo francés, ya que, según afirma, no conservó copia de sus respuestas. A cambio, el Cardenal ha anotado cuidadosamente las que recibió. Tales notas sustituyen y cubren, aunque no suplen, la mencionada ausencia. Las diecinueve cartas son interesantes, comenta su editor, tanto por la personalidad del autor como por sus posiciones intelectuales; pero al mismo tiempo por su condición de testimonio singular ante «diversos conflictos internos que han agitado a la Iglesia en nuestro siglo». Bien es verdad, se podría añadir, que la mayor parte de dichos conflictos han agitado sobre todo al mundo teológico y filosófico y no tanto, al menos directamente, a la Iglesia en cuanto tal, que es mucho más que sus ámbitos intelectuales. No obstante, es cierto que alguno de los temas tocados por Gilson en sus últimas cartas —reforma litúrgica, «*Humanae vitae*»— trascienden de por sí aquellos ámbitos.

Las cartas hablan de manera elocuente de su autor a cualquiera que conozca su pensamiento, su amplia producción científica y su biografía personal e intelectual. Pero, acompañadas como están de abundantes y precisas anotaciones, hablan también y quizá con análoga elocuencia de Henri de Lubac: de su trayectoria teológica, de sus principales posturas, de sus distancias y cercanías respecto de tantos autores aludidos, etc. Los grandes temas que ellas reiteran pertenecieron sin duda al acervo de inquietudes intelectuales del filósofo que las suscribió, pero forman parte, sobre todo, del universo teológico del destinatario: la cuestión de lo sobrenatural, la polémica sobre la naturaleza pura, los conflictos de interpretación del pensamien-

to de Santo Tomás, las teorías de Teilhard, etc.

Son cartas con un autor y dos protagonistas, textos que ayudan a enmarcar y a comprender la relación entre ambos, su sincera y profunda amistad, su honda sintonía intelectual (en la que no faltan, sin embargo, los contrastes y las discrepancias, como por ejemplo respecto a Teilhard de Chardin). En conjunto son también un documento útil para ilustrar algunos aspectos de la vida intelectual católica de este siglo. En vidas tan comprometidas e intensas como las de Gilson y de Lubac no han podido faltar los momentos de oscuridad y contradicción, como algunos pasajes de las cartas y de las notas dejan entrever o manifiestan más explícitamente. Abundan las alusiones a hechos, personas, circunstancias, y no falta en ocasiones un incierto tono polémico. No todo lo que da luz ha de ser necesariamente dicho; el ilustre anotador de las cartas ha dejado, en efecto, delicadamente, algunas cosas en el tintero. Me atrevo a sugerir que, alguno de los juicios sobre el P. Garrigou deberían haber quedado también sin decir.

Completan la obra seis Anexos, con sus correspondientes anotaciones, de variada temática. El último de ellos, titulado con cierta ironía gilsoniana «La gran familia de los 'tomistas'», es un interesante esbozo de las no siempre intelectualmente pacíficas relaciones entre Gilson y los representantes de la denominada «escuela de Lovaina», o entre Gilson y Maritain.

A. Aranda

Jacques et Raïsa MARITAIN, *Oeuvres complètes. Vol. I: 1906-1920*, Eds. Universitaires-Saint Paul, Fribourg-Paris 1986, XXVIII + 1175, 13,5 x 21.

En este nuevo volumen de las Obras Completas —que viene a unirse a otros cinco ya publicados— se nos ofrecen los escritos más antiguos de

Jacques Maritain. Tratándose del primero por lo que a fecha de los textos se refiere, aunque no haya sido el primero en aparecer, los realizadores de la edición, con buen criterio, han incluido una amplia cronología —ocupa casi 20 páginas— en la que se reseñan los principales acontecimientos de la vida de Jacques y Raïsa Maritain. Por lo demás, la estructura del volumen es análoga a la de los anteriormente publicados; el rigor crítico y el cuidado tipográfico se mantienen también al mismo nivel.

En este volumen se incluyen los dos primeros libros que publicara Jacques Maritain: *La philosophie bergsonnienne* —que es editada según la disposición definitiva establecida por el propio Maritain al autorizar, en 1954, la traducción inglesa y recogiendo por tanto las partes originales de 1913, el importante prólogo de la segunda edición de 1929 y dos capítulos redactados en 1944— y *Art et scolastique*. Entre los otros escritos menores que componen el volumen merecen señalarse, por su importancia, las conferencias sobre los orígenes de la filosofía moderna, pronunciadas por Maritain en 1914 y 1915 en el Institut Catholique de Paris, decisivas para conocer la evolución de su pensamiento y, hasta ahora, muy difícilmente accesibles.

Como sabe bien todo aquel que siga la publicación de estas Obras Completas de Maritain, el criterio adoptado por los autores —que respetan el que el propio Maritain fijara estando todavía en vida— consiste en recoger los artículos no en la fecha en que fueron publicados, sino como parte de los libros en que luego fueran incluidos, en el supuesto, claro está, de que eso ocurriera. Esta decisión, lógica por lo demás, tiene, no obstante, algunos inconvenientes: concretamente, y por lo que a este tomo se refiere, trae consigo que falte en sus páginas el primero de los escritos importantes de Maritain: el conocido artículo de 1910 sobre *La science moderne et la raison*, en el que se contiene, en germen, gran